Virum non cognosco: gloriosa palabra salida de los labios de María: gloriosa, porque ella es la fórmula suprema de la castidad preeminente; gloriosa, porque de sus labios la tomó el Pontificado y la escribió en letras de nieve en el campo de su azul bandera: *Virum non cognosco:* Soy vírgen.

CONFERENCIA CUARTA.

La maternidad social del Pontificado tiene su tipo en la maternidad de María. — Preocupaciones contra la idea de esta maternidad.

I. Maternidad de María. — Por qué JESUCRISTO quiso tener madre. — Lo que relativamente á la maternidad de María han dicho algunas eminencias cristianas.

II. Analogías entre la maternidad de María y la pontificia. — Palabras de Dios á Moisés en las que se anuncian ambas maternidades. — Realizacion de aquellas palabras en el Cristianismo. — Los efectos de la accion pontificia comparados con los de la accion virginal. — La analogía de ambas maternidades deducida de la naturaleza de la Iglesia.

III. Deseos y planes maternales de la Santa Silla respecto á la sociedad. — La Santa Silla tiene por lema *Marchar adelante.* — Qué recuerdos suscita en la Iglesia la idea de lo pasado. — Lo que ha hecho en el decurso de los tiempos el espíritu independiente de la Iglesia. — Formas sociales nacidas del espíritu independiente de la Iglesia. — Análisis de la situacion actual. — La confusion y la revolucion son sus caractéres. — La maternidad que puede atribuirse á la revolucion se halla definida por estas palabras del Señor á Eva: *Multiplicabo ærumnas tuas et conceptus tuos: in dolore paries.* — Dominio permanente del Pontificado sobre la revolucion.

IV. Sistema social dado á luz por el Pontificado. — Teoría organizadora de la sociedad escrita por san Pedro. — Constitucion del pueblo llevada á cabo por el Cristianismo. — ¿Qué es el pueblo? — Teorías de san Agustin sobre este particular. — La caridad y la justicia en sus relaciones con el pueblo. — Principios de autoridad y de libertad sentados por san Pedro. — Carácter práctico de las doctrinas apostólicas. — Equilibrio necesario entre la libertad y la autoridad procedentes del espíritu de Dios. — Explanacion de esta doctrina.

V. La maternidad católica y la maternidad protestante simbolizadas en aquellas dos madres que se presentaron á Salomon, pidiendo la propiedad de un mismo hijo. — El protestantismo tiene por lema: *Divídase la sociedad;* el Catolicismo: *Permanezca unida.* — Algunas observaciones sobre una acusacion del P. Passaglia.

Hoy, hermanos, debo recorrer un campo no menos vasto que el que recorrí ayer: las analogías existentes entre la maternidad de María y la del Pontificado se prestan á un estudio, nuevo bajo cierto punto de vista, y siempre interesante. Asunto tan fecundo en consideraciones, que me es preciso hoy tambien suprimir todo exordio y suplicaros desde luego me acompañeis á los piés del trono de la augusta Vírgen que nos preside, á fin de que me alcance la luz de su gracia, que tanto necesito. Empeñémonos con la Madre, saludándola con las palabras del Arcángel: *Ave María.*

El Pontificado ejerce una maternidad social: la maternidad social ejercida por el Pontificado es comparable solo á la maternidad de María. Comprendo el valor de estas dos proposiciones, y reconozco que emitiéndolas me coloco en abierta oposicion á los sentimientos é ideas que son moneda corriente entre los discípulos de la escuela llamada revolucionaria, pero que mejor se llamaria anárquico-atea.

Cuando vengo á hablar de la maternidad del Pontificado, me coloco frente á frente de los que hablan de la tiranía de los Pontífices: puesto que toda tiranía está diametralmente opuesta á toda maternidad, siendo, como es, la maternidad la última expresion del amor, y siendo, como es, la tiranía la última expresion del aborrecimiento.

No están aquí, pero si aquí estuvieran, los adictos á la marcha actual de los acontecimientos europeos, al oir esta frase: «maternidad del Pontificado,» pedirian la palabra, ó á lo menos en su interior dirian: «Esta maternidad no existe: los pueblos no aman al «Pontífice, el Pontífice tampoco ama á los pueblos: no los ama, por«que fulmina rayos y excomuniones contra su causa; ellos no le «aman, porque nada hacen para salvar los intereses de su poder: «el espectáculo que ofrece la Italia, convence á cualquiera que la «Santa Silla no es la madre del pueblo: ella impide la bienandanza «del pueblo, la consolidacion del pueblo, la constitucion del pue«blo.»

Este lenguaje sofístico, anárquico, este argumento que el doctor Passaglia no se ha desdeñado de insertar en las páginas de su condenada *Epistola ad episcopos*, es el que me ha dictado el tema de la conferencia de hoy: creo que jamás, jamás puede ser tan oportuno tratar de la maternidad del Pontificado como hoy que se propaga entre las masas ilusas el convencimiento de su tiranía.

I.

Empiezo la historia de la maternidad del Pontificado, enseñándoos su tipo: la Niña que vimos es igual al Pontificado en pureza y destino, tambien lo es en maternidad.

En maternidad, sí; ella fue madre, porque dió á luz el Verbo Dios hecho carne; ella fue madre, porque alimentó con su leche al Hijo del hombre, como si dijéramos, al representante de la humanidad; ella fue madre, porque le educó, le prodigó sus solicitudes cariñosas, sus cuidados asiduos; ella fue madre, y madre que le acompañó siempre al templo, á Egipto, á la calle de la amargura, hasta la cumbre del monte de la mirra, hasta al pié del patíbulo, clavado en el que, el amor vivo de su alma le dirigió la mirada mas penetrante, la palabra mas conmovedora.

No puedo prescindir de deteneros un momento ante el cuadro mas sublime de la vida de María.

Representaos el espectáculo que ofrecia el Calvario cuando el Hijo de Dios, con su palabra, que habia dilatado el firmamento, dilató la maternidad de su Madre, extendiéndola á todos los pueblos.

Aparecieron allí los espíritus de los Patriarcas, de los Profetas y de los antiguos justos, ya para glorificarse con el contacto de la sangre de Jesucristo, cuyo reguero listaba la pendiente de aquel monte, ya tambien porque cansados de llamarse y ser huérfanos, ansiaban saludar la Madre que iba á darse á las generaciones. Y junto á ellos estaban los espíritus de las madres de Israel: abandonaron ellas las tumbas para adherirse á la resolucion del Eterno, y resignar sus títulos maternales en favor de la elegida; así la elegida, por aclamacion universal y segun nombramiento recibido de la boca del Verbo, fue proclamada: Madre de los Patriarcas, Madre de los Profetas, Madre de los Apóstoles, Madre de las Vírgenes, Madre de todos los Santos. Ved ahí el resultado feliz para la humanidad, glorioso para María de esta palabra dicha á Juan: Hé ahí á tu Madre.

¡Qué lógica tan profunda! ¡qué misterios tan hermosos los del Cristianismo!

Habia de nacer del Calvario una humanidad, diferente de la antigua: Jesucristo habia de ser su alma: y como todo nacimiento supone una madre; por esto antes de dar su espíritu á la humanidad, es decir, antes de consumar su nueva hechura, Jesucristo busca la mujer, por cuyo ministerio darla á luz: busca en el Calvario una mujer que pueda ser madre del pueblo cristiano; y no encuentra sino una de firme, una de inmutable, una de santa, la que está á sus piés: y á esta elige, y á esta nombra, y á esta consagra con el óleo de la sangre de sus entrañas: «Hé ahí á tu Madre,» dice á la humanidad; y luego entrega á la humanidad su espíritu. ¡Antes le da la Madre, despues le da la vida! Cosa natural, no hay vida sin madre; la madre precede siempre al ser.

Y desde entonces el pueblo cristiano recibió á María por madre: no ha cesado de rendirle los honores de madre, le ha dado el puesto preeminente en sus solemnidades; se ha dirigido á ella en el lenguaje mas cordial, mas dulce, mas penetrante: puede decirse que el pueblo cristiano, como el discípulo Juan, desde aquella hora se ha complacido en tener á María en el puesto mas digno de su casa: *Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua:* Sí, desde aquella hora la santísima Vírgen puede decir con la Sabiduría divina: *En todas las naciones tuve el supremo dominio.*

Por ello Arnaldo exclama: Jesucristo nos engendró en la sangre de su carne, María en la sangre de su corazon: *Filius in sanguine carnis, Maria in sanguine cordis:* y san Antonino de Florencia: Como Jesucristo padeciendo en la cruz nos engendró, con el Verbo de la verdad, al ser espiritual de la gracia, que es mas perfecto que el ser real, así la bienaventurada Vírgen nos engendró y dió á luz en-

tre grandes dolores, compadeciendo al Hijo que por nosotros inmensamente padecia.

Considerando lo que Sofronio afirmó, que su plenitud está sobre toda criatura del cielo y de la tierra, pues toda la naturaleza por ella se remoza: *Si tam in cœlo quam in terra ejus plenitudo super omnem creaturam sit, de cujus plenitudine omnis natura virescit*[1].

Me creo, pues, yo en el caso de aplicarla el saludo que Ciceron dirigió á la sabiduría: «Tú eres el norte de la vida filosófica, tú la «investigadora de la virtud, la expulsadora de los vicios: ¿qué po«dria ser sin tí, no solo nuestra vida, sino la vida social? Tú diste á «luz las ciudades, tu convocaste en sociedad los hombres dispersos «y disipados: *Tu urbes peperisti, tu dissipatos homines in societatis «vita convocasti.*»

II.

Veamos cómo la maternidad de María tiene sus analogías con la maternidad del Pontificado.

Viendo el Señor cuán pesada era la carga de la maternidad del pueblo de Israel, que habia confiado á Moisés, atendiendo á esta su queja: «¿Por ventura he concebido yo toda esta turba, ó engendrá«dola, para que me digas: llévalos en tu seno, como suele una ama «traer al niño que cria, y condúcelos á la tierra prometida con jura«mento á sus padres[2]?» Díjole: «Reúneme setenta varones de los an«cianos de Israel, y los conducirás á la puerta del tabernáculo de la «alianza, y harás que estén allí contigo.

«Y descenderé yo, y te hablaré, y yo tomaré tu espíritu y lo comu«nicaré á ellos para que sostengan contigo la carga del pueblo y no «te sea demasiado grave llevándola solo[3].»

En este pasaje se halla descrita la doble maternidad de que nos ocupamos.

Juan representaba en el Calvario el cuerpo de discípulos que constituian la Iglesia; Jesucristo, señalando á María y diciendo á Juan: «Hé ahí á tu Madre,» dijo en sustancia: «Yo tomaré del espíritu de «ella y le comunicaré á ellos, para que sostengan contigo, ó mujer, «la carga del pueblo.»

Por otra parte, Moisés fue la imágen perfecta del Sumo Pontífice, el cual es el legislador de la edad nueva, como aquel lo fue de la edad antigua; Pontífice á cuyo cargo ha confiado el Señor llevar al pueblo, «como suele una ama traer al niño que cria,» á la tierra de promision; Pontífice de cuyo espíritu el Señor ha formado el espíritu de su Iglesia docente, puesto que, diciéndole: «Apacienta mis «ovejas,» le dijo en equivalencia: «Yo tomaré de tu espíritu y lo co«municaré á los discípulos que se te han agregado, ó que tú te agre«gues, y ellos sostendrán contigo, ó con tu espíritu, la carga del «pueblo.»

[1] Serm. Assumpt. — [2] Num. xi, 11. — [3] Num. xi, 16, 17.

Por la palabra de María, el Verbo de Dios bajó una vez en sus entrañas: por la palabra del Pontificado, recibida de Dios, el mismo Verbo baja innumerables veces á las manos de los sacerdotes. En efecto, no ignorais que toda autoridad católica tiene en el Pontificado su principio y su nacimiento: los obispos reciben del Pontífice sus títulos y sus poderes, en virtud de los cuales comunican el carácter y las prerogativas del sacerdocio á los que creen escogidos.

Así, la omnipotencia de la palabra del sacerdote proviene de la omnipotencia comunicada por Dios á la palabra del Pontífice; Dios baja á las manos de aquel, porque antes ha recibido parte de la autoridad de este. Así Dios se encarna en la hostia del sacerdote, porque en el sacerdote se ha encarnado parte de la autoridad pontificia, autoridad tanto mas poderosa y admirable, en cuanto una vez comunicada, no puede ya borrarse. De modo que, recibido el poder episcopal de su fuente legítima y genuina, permanece siempre en el que le ha recibido, sin que por ninguna causa de él se desprenda. El poder recibido es siempre poder; la autoridad recibida es siempre autoridad, aunque suceda la apostasía; y si el que ha recibido la autoridad episcopal se apartare del gremio de la Iglesia, se apartará, señores, llevándose parte de su tesoro, parte de aquel oro que le ha sido comunicado; y si derrama su palabra institutora, si derrama su palabra consagradora sobre uno con la debida intencion, materia y forma prescritas por la Iglesia, recibirá aquel la autoridad de la Iglesia, y esto es lógico, porque si el obispo ha apostatado, no ha apostatado la autoridad que la Iglesia le entregó como en depósito; autoridad que no puede corromperse, autoridad que no se corrompe con el pecado del obispo, porque no es suya, sino de la Iglesia que se la dió, y por consiguiente que si la transmite, la transmitirá pura, por ser independiente de él, y superior á él. Así como el hijo, señores, aunque se insubordine contra la madre que le dió la vida, continúa poseyendo la vida, y poseyéndola puede transmitirla.

De esta manera, cuantos estamos de acuerdo en que la Iglesia ha ejercido una verdadera maternidad respecto al género humano; cuantos estamos de acuerdo en que los siete Sacramentos son las arterias de la civilizacion moderna; cuantos estamos de acuerdo en que la Iglesia purificó la atmósfera social de los miasmas corrompidos del paganismo, debemos confesar que el honor y la gloria es del Pontificado, en el cual reside la cabeza, y por consiguiente la palabra, y por consiguiente la expresion de la sabiduría católica. Al Pontificado pueden aplicarse estas palabras, aplicables á María: «Yo «la sabiduría derramé rios de agua viva y celestial: yo salí del paraí«so, como canal de agua derivada del rio.

«La luz de mi doctrina, con que ilumino á todos, es como la luz de «la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los remotos tiempos.»

Voy á presentaros la misma analogía entre ambas maternidades, pero bajo un punto de vista diferente: ¿Qué es la Iglesia? es un cuerpo, el cuerpo místico de JESUCRISTO: todo cuerpo necesita una madre que lo alimente, que lo eduque, que lo dirija, ¿quién negará sea esta la tarea confiada al Pontificado? Escuchad atentamente lo que decia Pedro, el primer Pontífice, á la primitiva cristiandad: «Como infantes recien nacidos, apeteced *con ansia* la leche del «espíritu, *pura* ó *sin mezcla* de fraude, para que con ella vayais cre«ciendo en salud y *robustez*.»

Y ¿no os representan, hermanos, estas palabras á una madre ofreciendo el dulce néctar de sus pechos al rubio y tierno niño que contempla tendido en sus rodillas? ¿No os parece que el primer Pontífice es aquí la imágen de María, inundando de besos la frente nevada de JESÚS, y llevando luego á sus pechos fecundísimos aquella boca, hermosa como un cacho de granada que se entreabre? Sí, la analogía entre María y el Pontificado es aquí perfecta: en los pechos de María está la boca de JESUCRISTO, robusteciéndose con su leche maternal; en los pechos del Pontificado tiene su boca la sociedad cristiana, chupando *la leche del espíritu sin mezcla de fraude*, que le da con sus definiciones.

¡Oh! santa eres, Iglesia mia, santa, inmaculada en tu fecundizacion, vírgen por la castidad, madre por la prole. Tú nos nutres no con la leche del cuerpo, sino con la doctrina de los Apóstoles; tú eres vírgen en tus Sacramentos, tú eres madre para los pueblos, y tu fecundidad ya la Escritura la atestigua diciendo: Son mas los hijos de la desolada que los de la que tiene varon; é Isaías (LV, 3) añade: «No diga el eunuco: Hé ahí que yo soy un tronco seco... yo «les daré un lugar en mi casa y dentro de mis muros, y un nombre «mas apreciable que el que le darian los hijos é hijas, un nombre «sempiterno.»

Gloriosa maternidad del Pontificado, el cual, como vimos, aunque sea el Espíritu Santo su esposo, puede decir en verdad: Soy vírgen, no conozco ningun varon, sin embargo, no soy un tronco seco, soy madre; realizado se halla en mí aquello: Son mas los hijos de la desolada que los de la que tiene varon.

III.

Madre de la sociedad, la Santa Silla no ha podido querer, ni puede desear sino su propio bien, su desarrollo, sus progresos, como toda madre desea el desarrollo, los progresos, el bien de su hijo.

Es una calumnia solemne decir que el Pontificado desea que la sociedad vuelva atrás: no, no lo desea, no puede desearlo: él sabe que atrás está el paganismo, que atrás está la idolatría, que atrás está el gobierno del hombre por el hombre, que atrás está la

negacion, el cáos universal. El Pontificado sabe que atrás están los tiranos y las fieras, y ninguna madre quiere ver á su hijo entre fieras y tiranos. El lema del Pontificado es: *adelante*, porque adelante está el reino de JESUCRISTO, porque adelante está aquel dia en que Babilonia será precipitada, y en que los justos cantarán: «*Alleluia*, porque tomó ya posesion del reino, el Señor Dios «nuestro... *Alleluia*, gocémonos porque la Iglesia esposa del Cordero «se ha puesto de gala.» El lema del Pontificado es: *adelante*, porque atrás no ha encontrado sino oposicion, martirio, desgracias para su hija la sociedad: adelante están las esperanzas; el lema del Pontificado es: *adelante*, y lo es precisamente porque tiene á su cargo la maternidad de los pueblos.

¡Ah! recorred la historia, ved cómo fueron tratados los pueblos en lo pasado, fuera de la accion de la Santa Silla, y veréis mas de relieve las verdades que os recuerdo.

El espíritu independiente de la Iglesia quiso resumir, como el Pontificado, la maternidad social, y dijo: «Yo sabré conducir mejor «sus intereses,» y se puso al frente de ellos: sin ninguna especie de atencion á las fuerzas de los pueblos y á las leyes del órden providencial, los políticos dijeron: «Andemos;» pero ¿hácia dónde? «An«demos,» contestaron, y empezaron á andar sin mas plan que el capricho, sin mas senda que la abierta por las circunstancias. La sociedad, en pos del espíritu independiente, ha andado entre malezas, cayendo y levantándose, dando terribles tropiezos y teniendo que sentarse á menudo al borde de abismos, los que no ha podido salvar, y la prueba es que se ha dejado engullir por ellos.

Examinad si han sido otra cosa que derrumbamientos sociales, los cambios de formas é instituciones que ofrece la historia. Á fuerza de andar se llegó al fin de la edad romana; la sociedad cambió de terreno, sí, pero cambió, precipitándose por la cascada de sangre que vertieron las espadas de Juliano, Teodosio, Valentiniano y Graciano.

El nuevo terreno ofreció un vasto campo de herejías y guerras: los horrores de la edad romana continuaron en la edad media; la espada dominándolo todo; el hombre llamando á su tribunal hasta la autoridad de la Iglesia, hé ahí la edad que tampoco probó á los pueblos. Agitados por el mismo espíritu de independencia, no quisieron aceptar el reposo que les ofrecia la Religion: «Andemos,» dijeron. Y anduvieron, ó mejor, rodaron hasta á las orillas de otro abismo: la sociedad cambió otra vez de terreno, es decir, se desplomó con el imperio de Oriente, y se alegró de verse constituida en una situacion dominada por la espada victoriosa de Mahometo II.

La edad moderna, empezada por las victorias de los enemigos de la cruz, fue lo que las dos anteriores; mirad los rostros de sus siglos, y los veréis horriblemente ensangrentados; se ha ido andando, concibiendo proyectos, creando y destruyendo naciones: haciendo la

apoteosis del poder individual, y diciéndose anhelosa la política de restablecer el poder público: buscando el órden y pisoteando los principios de autoridad: la edad moderna acabó, derrumbada de lo alto del patíbulo de sus reyes.

En resúmen, el espíritu independiente creó tres fórmulas sociales, y ninguna de las tres produjo buen efecto. En la edad romana se proclamó la idolatría del poder, en la edad media se estableció el absolutismo de la autoridad, en la moderna se quitaron los frenos á la libertad. La autoridad de la edad media era hija de la idolatría de la edad romana; la libertad moderna habia nacido de la autoridad de la edad media: las tres fórmulas cayeron, porque las tres se apoyaban en un principio absurdo, en la idolatría.

¿Qué resta hoy? estamos envueltos en las ruinas de tres edades: tenemos restos de idolatría, restos de autoridad, restos de libertad: estos restos están confundidos y revueltos; y ved ahí por qué la edad actual es confusion y revolucion; ved ahí por qué, así los que proclaman la autoridad como los que admiten la libertad, lo hacen de una manera inconveniente, porque idolátrica; idolátrica, porque hoy no se admiten los principios sino que se adoran, se atribuye la divinidad á la libertad, la divinidad á la autoridad; rebajándose la divinidad al nivel de un principio político. De esto resulta que la sociedad está muy cerca del punto en que como otras veces habrá de decir: «Aquí hay un abismo, ó he de retroceder ó he de derrumbar-«me.» ¿Se derrumbará de nuevo la sociedad? Mirad, señores, que ha dado ya muchas caidas, que está muy atropellada, y que se encuentra á tanta profundidad, que yo no sé si le faltará el aire en caso de una nueva descension.

Ved ahí como el principio independiente del Pontificado no ha sabido ejercer la maternidad social: la sociedad no ha sido guiada sino arrastrada. La historia nos autoriza, pues, para arrebatar la sociedad de los brazos de la política, diciéndole, «no eres buena madre.» No eres buena madre, porque tú no sabes formar, educar y desarrollar sino con la espada, y en la espada no puede residir maternidad; sí, la espada, hé ahí el gran principio de toda edad política; la espada de los Césares fue la madre, si quereis, de la sociedad antigua; la espada de Carlomagno la de la edad media; la de Napoleon el Grande la de la edad actual.

Pero si se desea que concedamos á la revolucion anticatólica cierta maternidad, serémos complacientes. Sí, la ejerce, no hay duda, aunque su índole está perfectamente demostrada en unas palabras solemnes del Señor.

La serpiente se presentó al hombre, que Dios habia constituido en el paraíso, le habló, le prometió la divinidad que en el fondo viene á ser la maternidad universal. *Eritis sicut dii*, le dijo. El hombre y la mujer aceptaron la maternidad que se les ofrecia. Mas el Señor del cielo no tardó en darles un conocimiento analítico de la mater-

nidad aceptada. *Multiplicabo*, le dijo, *multiplicabo ærumnas tuas, et conceptus tuos.—In dolore paries.—Sub viri potestate eris.*

Multiplicaré tus penas y tus concepciones: esta palabra dicha literalmente á la mujer, fue dirigida simbólicamente á la revolucion anticristiana. Multiplicaré tus penas, provenientes de tu orgullo, de tu ambicion, de tu espíritu disolvente; multiplicaré tus concepciones, te haré semillero de sectas, criadero de herejías, sectas y herejías que darás al mundo con dolor. Con aquel dolor que sufrirás viendo la desnudez de tus doctrinas, viendo la pobreza de tus sistemas, viendo la manera raquítica con que aparecerán, la miseria con que se desarrollarán, la fuerza con que serán combatidas, y el oprobio de su desaparicion; con aquel dolor que te causará ver que aquellas mismas herejías y sistemas, que tú habrás engendrado, se volverán contra tí, desconocerán los derechos de tu maternidad y confesarán los de la verdad tu enemiga, unas confesando su sabiduría y disolviéndose, otras desacreditándose llamándose hijas del error y del capricho; con aquel dolor que te causará ver que la multiplicacion de las falsas doctrinas sea la elevacion del augusto trono de la verdad en la tierra: *Multiplicabo ærumnas tuas, et conceptus tuos.—In dolore paries.*

Y no será esto todo; á pesar de tus alardes de emancipacion é independencia; á pesar de tus pretensiones á la divinidad, tú, revolucion, no podrás jamás llegar á ser diosa, ni siquiera podrás llegar á ser libre; serás siempre dominada, tú y tu prole, tú y tu patrimonio: *Sub viri potestate eris.* Y ¿quién será este varon que te dominará? El Pontificado. Ella anatematizará todos tus hijos, ella ofuscará con el esplendor de las virtudes de sus generaciones la ilusoria hermosura de las tuyas.

Multiplicabo conceptus tuos.—Sub viri potestate eris.

IV.

Pero ahora teneis derecho á exigir que os presente el sistema social dado á luz por el Pontificado. Hé ahí la teoría organizadora, escrita por el primer Pontífice:

«Queridos mios, vosotros que antes no érais siquiera pueblo y ahora sois el pueblo de Dios, os suplico que lleveis una vida ajustada entre los gentiles, á fin de que por lo mismo que os censuran como á malhechores, reflexionando sobre las buenas obras que observen en vosotros, glorifiquen á Dios en el dia en que los visitará.

«Estad, pues, sumisos á toda humana criatura, que se halle constituida sobre vosotros, y esto por respeto á Dios.

«Esta es la voluntad de Dios, que obrando bien, tapeis la boca á la ignorancia de los hombres necios.

«Como libres, si; mas no cubriendo la malicia con capa de libertad, sino obrando en todo como á siervos de Dios, esto es, por amor.